

MONOGRÁFICO III

ESTADOS UNIDOS
ENTRE 1783 Y 1860:
POLÍTICA EXTERIOR
Y EXPANSIÓN

Coordinado por

Roberto Muñoz Bolaños y Tomás Pérez Vejo

Presentación

La independencia de los Estados Unidos tras el Tratado de París de 1783 inauguró un proceso simultáneo de construcción estatal y redefinición de su posición en el sistema internacional. Entre 1783 y 1860, la política exterior estadounidense evolucionó desde una diplomacia esencialmente defensiva, orientada a garantizar la supervivencia de la nueva república, hacia una estrategia expansiva de carácter continental y comercial. La historiografía reciente interpreta esta transformación como el resultado de la convergencia entre intereses económicos, ideologías republicanas, dinámicas de seguridad y ambiciones territoriales (Herring, 2008: 21-45; Brands, 1997: 3-18).

Durante los primeros años de la república, la prioridad fundamental consistió en consolidar la soberanía frente a las potencias europeas. La Constitución de 1787 fortaleció el poder federal y permitió el desarrollo de una política exterior más coherente y centralizada. En este contexto emergieron dos grandes tradiciones intelectuales: la escuela federalista o hamiltoniana y la republicana o jeffersoniana. Alexander Hamilton, primer secretario del Tesoro, defendía la necesidad de un Estado central fuerte, una economía financiera integrada en el comercio atlántico y una relación pragmática con el Reino Unido. Desde esta perspectiva, la prosperidad comercial y la credibilidad financiera constituían condiciones indispensables para el reconocimiento y el poder internacional de la nueva república (Chernow, 2004: 344-372).

Por el contrario, Thomas Jefferson concebía a Estados Unidos como una república agraria sustentada en pequeños propietarios independientes. Desconfiaba de los ejércitos permanentes y favorecía una política exterior basada en el rechazo de las dinámicas imperiales europeas y en una expansión territorial concebida, al menos idealmente, como pacífica (Onuf, 2000: 67-89). Desde perspectivas historiográficas de orientación realista, este enfoque ha sido criticado por subestimar la creciente complejidad de las interdependencias políticas y económicas internacionales características del mundo atlántico de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX (Mead, 2002: 174-217).

La presidencia de George Washington (1789-1797) estableció varios de los precedentes fundamentales de la política exterior estadounidense. La Proclamación de Neutralidad de 1793 y el Farewell Address de 1796 recomendaron evitar alianzas permanentes con las potencias europeas, principio que ejercería una influencia duradera sobre la diplomacia estadounidense a lo largo del siglo XIX (Ellis, 2007: 198-214). Sin embargo, la neutralidad política no implicó aislamiento económico. El comercio marítimo con el Atlántico y el Mediterráneo se convirtió en uno de los principales instrumentos de proyección exterior de Estados Unidos durante la última década del siglo XVIII.

La presidencia de Jefferson (1801-1809) evidenció las tensiones existentes entre el idealismo republicano y las exigencias pragmáticas de la política internacional. La compra de Luisiana en 1803 duplicó el territorio nacional y aseguró el control del río Misisipi, consolidando el primer gran espacio continental de expansión estadounidense. Aunque Jefferson defendía un gobierno limitado, recurrió a una interpretación flexible de los poderes presidenciales para negociar con Francia dicha adquisición territorial (Meacham, 2012: 393-415). Paralelamente, las guerras napoleónicas (1803-1815) alteraron profundamente la navegación y el comercio estadounidenses. El *Embargo Act* de 1807 intentó presionar económicamente tanto al Reino Unido como a Francia, aunque terminó perjudicando gravemente a la economía nacional y revelando las limitaciones del poder comercial estadounidense en ausencia de una fuerza militar suficiente (Herring, 2008: 129-136). Asimismo, durante esta presidencia Estados Unidos emprendió su primera intervención militar exterior contra el Estado de Trípoli (1801-1805), preludio de una política de protección armada de sus intereses comerciales.

La guerra anglo-estadounidense de 1812-1815 representó un punto de inflexión en la evolución del país. Según Hickey (2012: 281-305), el conflicto fortaleció el nacionalismo estadounidense y consolidó definitivamente la independencia política respecto al Reino Unido, pese a que sus resultados militares fueran ambiguos. Tras este conflicto, Estados Unidos incrementó progresivamente su influencia en América del Norte. La adquisición de Florida mediante el Tratado Adams-Onís de 1819 reflejó tanto la debilidad del Imperio español como la creciente capacidad de presión diplomática y militar estadounidense (Brands, 1997: 87-95). Paralelamente, la presidencia de James Madison (1809-1817) impulsó una segunda campaña contra los Estados berberiscos en 1815 que, a diferencia de la primera, concluyó rápidamente y evidenció el fortalecimiento de la U.S. Navy y de la capacidad de proyección marítima estadounidense.

En 1823, la Doctrina Monroe constituyó la declaración más influyente de la política exterior estadounidense del siglo XIX. Formulada durante la presidencia de James Monroe (1817-1825) y elaborada en gran medida por su secretario de Estado, John Quincy Adams, proclamaba que el continente americano quedaba cerrado a futuras colonizaciones europeas y que cualquier intento de intervención sería interpretado como una amenaza para la seguridad de Estados Unidos (Sexton, 2011: 52-74). Aunque en sus inicios dependió indirectamente del poder naval británico para garantizar su efectividad, la doctrina contribuyó decisivamente a definir América Latina como un espacio prioritario de influencia estadounidense.

Durante las décadas de 1830 y 1840 emergió con fuerza la tradición jacksoniana. Inspirada en Andrew Jackson, esta corriente combinaba

nacionalismo popular, defensa agresiva del honor nacional y desconfianza hacia las élites financieras y diplomáticas. Mead (2001: 218-245) interpreta el jacksonianismo como una tradición favorable al uso contundente de la fuerza cuando los intereses nacionales parecían amenazados. Los jacksonianos impulsaron además una expansión territorial acelerada y promovieron políticas de desplazamiento forzoso de pueblos indígenas para facilitar la colonización blanca del Oeste. En este sentido, la expansión continental estadounidense puede interpretarse también como un proceso de colonialismo de asentamiento estrechamente vinculado a dinámicas de supremacismo racial y desposesión territorial.

La idea del “Destino Manifiesto” sintetizó la dimensión ideológica de esta expansión. Según Merk (1963: 24-39), la creencia de que Estados Unidos estaba históricamente destinado a ocupar el continente norteamericano legitimó tanto la anexión de Texas como la expansión hacia el Pacífico. La guerra contra México (1846-1848) permitió incorporar California, Nevada, Utah y partes de Arizona, Nuevo México, Colorado y Wyoming mediante el Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848. Este conflicto consolidó el segundo gran espacio geopolítico de expansión estadounidense: el Oeste continental y la fachada del Pacífico. Al mismo tiempo, evidenció las profundas contradicciones entre el discurso republicano estadounidense y las prácticas imperiales de conquista territorial.

Paralelamente, Estados Unidos amplió progresivamente su presencia comercial en Asia. La expedición del comodoro Matthew Perry a Japón entre 1853 y 1854 abrió nuevos mercados y anticipó una futura proyección transpacífica de mayor alcance (LaFeber, 1997: 15-27). De este modo, hacia 1860 coexistían cuatro grandes espacios de actuación exterior estadounidense: el Atlántico comercial, América continental, el Pacífico emergente y un Mediterráneo cada vez menos prioritario.

La expansión territorial intensificó asimismo las divisiones internas en torno a la esclavitud. Historiadores como Freehling (1990: 305-337) han subrayado que la política exterior y la expansión continental estuvieron estrechamente vinculadas al conflicto entre Estados esclavistas y libres. Cada nuevo territorio incorporado a la Unión reabría el debate sobre el equilibrio político federal y la expansión de la esclavitud hacia el Oeste. Las tensiones derivadas de este proceso desembocarían finalmente en la guerra de Secesión en 1861.

En conclusión, entre 1783 y 1860 Estados Unidos pasó de ser una república frágil y periférica a convertirse en una potencia continental en expansión. Su política exterior estuvo marcada por la interacción entre las tradiciones hamiltoniana, jeffersoniana y jacksoniana, las cuales ofrecieron respuestas divergentes respecto al papel del Estado, el comercio, la expansión territorial y

el uso de la fuerza. Simultáneamente, la expansión hacia el Oeste, la afirmación hemisférica articulada en torno a la Doctrina Monroe y la apertura hacia el Pacífico sentaron las bases del posterior ascenso internacional estadounidense. No obstante, este proceso también implicó dinámicas de exclusión, violencia territorial y construcción imperial que cuestionan las interpretaciones excepcionalistas tradicionales sobre el desarrollo histórico de Estados Unidos.

Las investigaciones que conforman este dossier abordan la explicación de estas complejas dinámicas a través del análisis de cinco espacios geopolíticos fundamentales para la construcción del poder estadounidense durante la primera mitad del siglo XIX.

José Luis Neila examina los procesos estructurales que vertebraron la construcción de Estados Unidos como nación y como potencia imperial. La expansión continental y su ulterior proyección marítima –inicialmente hacia el Atlántico y posteriormente hacia el Pacífico– constituyen la materialización histórica del denominado “Destino Manifiesto”, doctrina que terminó por explicitar discursivamente los presupuestos providencialistas ya presentes en los fundamentos ideológicos de la República. Este proceso de configuración imperial, objeto de un intenso y fecundo debate historiográfico, no puede comprenderse al margen de las dinámicas eurocéntricas que configuraron el sistema internacional contemporáneo.

Por su parte, Mikel Gómez Gastiasoro, Pablo Guerrero Oñate y Felipe Sobrinos Bueno analizan las relaciones entre Estados Unidos y las repúblicas sudamericanas del Cono Sur entre 1776 y 1864. En el marco de este vínculo complejo y multidimensional, Estados Unidos se erigió en referente político e ideológico para las nuevas repúblicas hispanoamericanas, tanto por haber alcanzado tempranamente su independencia como por encarnar simbólicamente los principios del republicanismo americano y la oposición a las injerencias europeas en el continente. No obstante, la progresiva expansión de los intereses económicos y estratégicos estadounidenses en el Cono Sur generó tensiones crecientes, al entrar en colisión con los proyectos de consolidación estatal, soberanía nacional y control territorial impulsados por las repúblicas de la región. De este modo, la relación bilateral osciló entre la solidaridad ideológica, la complementariedad económica y la competencia geopolítica.

En esta misma línea, Tomás Pérez Vejo aborda la construcción de la hegemonía estadounidense en el espacio geopolítico del Golfo de México y el Caribe desde una perspectiva global, situando su análisis en el periodo comprendido entre la independencia norteamericana y la consolidación de dicha hegemonía a finales de la década de 1860. Su aproximación permite comprender la articulación de un espacio estratégico fundamental para la expansión del poder estadounidense en el hemisferio occidental.

Asimismo, Roberto Muñoz Bolaños estudia la proyección exterior de Estados Unidos en el ámbito mediterráneo desde la independencia hasta el inicio de la Guerra de Secesión. El Mediterráneo se configuró como un escenario fundacional para la política exterior estadounidense, en el que emergieron las principales tensiones doctrinales entre las concepciones de Thomas Jefferson y Alexander Hamilton respecto al papel internacional de la nueva república. Igualmente, este espacio funcionó como un laboratorio diplomático y militar donde Estados Unidos desarrolló sus primeras intervenciones armadas extraterritoriales y perfeccionó estrategias combinadas de coerción naval, negociación diplomática y protección del comercio marítimo.

Finalmente, Javier Gil Guerrero analiza las relaciones diplomáticas, comerciales y culturales entre Estados Unidos y las potencias del Próximo Oriente durante la primera mitad del siglo XIX, un ámbito escasamente explorado por una historiografía tradicionalmente centrada en la presencia estadounidense en la región tras 1918 o, especialmente, después de 1945. La política exterior estadounidense hacia Oriente Medio durante el siglo XIX estuvo marcada por una dualidad constitutiva: por un lado, un pragmatismo mercantil orientado a la apertura de mercados mediante tratados de navegación y cláusulas de “nación más favorecida”; por otro, un idealismo de carácter evangelizador impulsado por misioneros protestantes, quienes actuaron como vectores de difusión de los valores, imaginarios y principios identitarios de la nación estadounidense.

Roberto Muñoz Bolaños.

Centro de Educación Superior de Enseñanza e Investigación
Educativa (UCJC) y Universidad del Atlántico Medio.

Tomás Pérez Vejo.

Instituto Nacional de Antropología e Historia de México

Bibliografía

- Brands, H. W. (1997): *The first American century: The emergence of the United States as a world power*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Chernow, R. (2004): *Alexander Hamilton*, New York: Penguin Press.
- Ellis, J. J. (2007): *American creation: Triumphs and tragedies at the founding of the republic*, New York: Alfred A. Knopf.
- Freehling, W. W. (1990): *The road to disunion: Secessionists at bay, 1776-1854*, Oxford: Oxford University Press.

- Herring, G. C. (2008): *From colony to superpower: U.S. foreign relations since 1776*, Oxford: Oxford University Press.
- Hickey, D. R. (2012): *The War of 1812: A forgotten conflict*, Champaign: University of Illinois Press.
- LaFeber, W. (1997): *The new empire: An interpretation of American expansion, 1860-1898*, Ithaca: Cornell University Press.
- Meacham, J. (2012): *Thomas Jefferson: The art of power*, New York: Random House.
- Mead, W. R. (2001): *Special providence: American foreign policy and how it changed the world*, New York: Routledge.
- Merk, F. (1963): *Manifest destiny and mission in American history*, Harvard: Harvard University Press.
- Onuf, P. S. (2000): *Jefferson's empire: The language of American nationhood*, Charlottesville: University of Virginia Press.
- Sexton, J. (2011): *The Monroe doctrine: Empire and nation in nineteenth-century America*, New York: Hill and Wang.